

## El Castillo de Peñaranda, Monumento Artístico de la Provincia

---



UNA de las villas castellanas que merece ser nombrada por su hidalguía histórica y riqueza artística, es ésta de Peñaranda de Duero, cuna de esclarecidos varones que blandieron sus aceros toledanos en lides del amor y de la guerra; caballeros de raro temple, que esculpieron en la portada de sus palacios el escudo blasónico de sus hazañas, encerrando en sus cuarteles heráldicos la nobleza de la raza.

Peñaranda es un pueblo legendario de vetustos caserones y bellos monumentos; al cruzar por sus arcos y calles amuralladas parece que aún vive el rancio *facier* de aquellos nobles y pecheros de capa bermeja y ancho chambergo que ceñían a su cinto el bien templado acero de su espada.

Peñaranda debiera ser cantada por romanceros y trovadores como cantaban a aquellas damas de rizada gola, que en noches de luna vibraban su alma al son de la cítara del galán enamorado.

Peñaranda es una gloriosa página de Castilla, orlada con primorosas viñetas donde se dibujan a todo color su maravilloso palacio de Zúñigas y Avellanedas, la esbelta Colegiata, el Castillo y el Rollo, almenas y murallas, tesoros todos del libro sagrado de nuestro solar hispano.

\* \* \*

Sobre una castra de rocas se eleva el señorial Castillo, cuya fundación se pierde en la noche de los siglos. Es de creer que siendo el río Duero la frontera divisoria de moros y cristianos, éstos erigieran para su defensa una línea de fortificaciones cuyos vestigios vemos aún en los viejos castillos de Gormaz, San Esteban, Alcozar, Langa, Gumiel de Izán, Coruña del Conde y otros pueblos.

Acaso entonces se construiría el de Peñaranda, que tomaría este

nombre por ser como un fuerte avanzado de la villa de Aranda de Duero y de la roca o peña sobre que está edificado.

El castillo, pues, llamado «Peña de Aranda», sería el principio de la población y el que la daría nombre, y al abrigo del cual fueron edificando sus casas los primeros moradores, como lo atestiguan las dos primitivas parroquias dedicadas a San Martín y San Miguel, de las que sólo se conservan vestigios, construídas al pie del mismo castillo, dominando a los demás edificios, cuyos templos desaparecieron al incorporarse a la parroquia Colegial en el siglo XVI.

Apesar del incesante correr de los años, aún se conservan lienzos de murallas y almenados torreones de construcción guerrera, sobresaliendo entre ellos la torre llamada del «homenaje», de forma cuadrangular, coronada de esbeltas almenas, en cuyos muros, bien conservados, se abren ventanas ojivales y puerta de puente elevadizo, construída toda ella de piedra sillar, afianzada sobre la roca viva, sin cimentación alguna, resultando su traza airosa y elegante.

Dos puertas dan entrada al Castillo que remata en sus extremos en fuertes avanzados de los que arranca ruinosa muralla que desciende hacia el pueblo, cercándole en su interior con tres puertas de arcos almenados, rematados en cruz, conservando su traza el llamado arco de las monjas, testigo de lo que fueron los otros dos ya demolidos.

Situado el Castillo en un altozano, desde él se contempla el más bello panorama; el viajero que por primera vez escala sus murallas, queda absorto ante el soberbio horizonte; al Sur y Este los castillos de Langa de Duero y Coruña del Conde, se dibujan a lo lejos como siluetas esfumadas de pequeñas embarcaciones en un mar alto, azul, intenso; al Poniente, una cinta blanca y esmeralda señala la carretera de Francia, extendida sobre la parda tierra castellana; abajo, los rojizos tejares de las casas y la vega feraz serpenteada por el río Arandilla, y en las noches serenas de luna, llega como un murmullo de selva, la canción salmódica del padre Duero.

Algunas leyendas se han fantaseado sobre esta fortaleza para dar mayor sabor al carácter medieval de la época. El hada encantada o «Cantamora» cuya voz aún resuena el eco sobre los lienzos de la torre del homenaje; el diablo en sus excursiones nocturnas también dejó señalada su huella en la rojiza roca; tesoros y secretos enterrados que han despertado la curiosidad de unos y la ambición de otros, socavando sus murallas sin conseguir encontrar el soñado vellocino.

La tradición conserva algunas costumbres relativas al Castillo; no hay boda que se celebre que no suba a bailar ante su torre, y

dicen «no estarán bien casados los que tal no hagan», reminiscencias tal vez del derecho de pernada de la época del feudalismo.

En días de rogativas se bendicen desde allí los campos, ondeando el pendón rojo, ante la cruz se prosterna.

Es el Castillo para Peñaranda, el blasón heráldico de su leyenda histórica, el manto paternal que cobija entre sus pliegues hechos piedra, los hogares de esta vieja villa castellana.

\* \* \*

Con pena contemplamos esta joya histórica, monumento artístico de la provincia; sus piedras caen lentamente como lágrimas de dama que perdió el amor de su galán...

El actual Ministro de Bellas Artes ha dicho: «Debemos rescatar, restaurar, utilizar los castillos diseminados por España». Este de Peñaranda, sencillo y maravilloso, tiende sus brazos de titán, y en nombre de Castilla que le vió nacer, pide que le sostengan, que enjuen sus lágrimas de granito, pues parece vuelve nuevamente el amor de su doncel.

DOMINGO JIMENO,

ACADEMICO DE LA HISPANO-AMERICANA  
DE CIENCIAS Y ARTES DE CADIZ.

Peñaranda de Duero—17—IX—1931.